

Futuro que es presente

2083

VICENTE MUÑOZ PUELLES

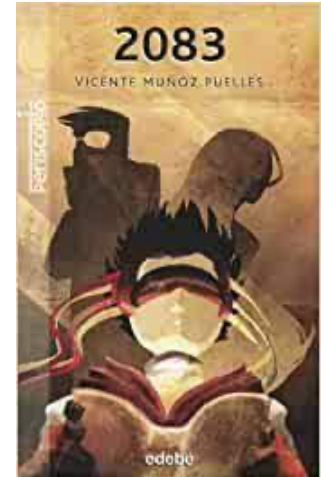
Ed. edebé, 2008, 123 págs-

Hubo un tiempo, ya lejano, allá por 2008, en que los escolares españoles leían libros, no por afición, sino por imposición de sus profesores. Ya en aquel año los libros eran objetos un tanto anticuados, pues no tenían pilas ni cabales ni chips ni siquiera mando a distancia, pero abundaban en exceso, había ferias en las ciudades (¡Feria del libro!, decían), y mucha gente los amontonaba en su casa sin saber qué hacer con ellos. Un libro era un regalito para salir al paso en Reyes o en un cumpleaños, la obligatoriedad de lectura en las aulas movía un formidable negocio, muchas mujeres eran adictas —los hombres menos— y quedaban profesores, tan anticuados quizás como los libros, que creían que eran un instrumento útil para el aprendizaje. En ese tiempo del que hablo, profesores de mente extraña suponían que una novela proporcionaba entretenimiento, mejoraba la capacidad lingüística, estimulaba la fantasía, ayudaba a interpretar la vida... El caso es que en aquel año de 2008, cuando España ganó la Eurocopa de fútbol con un entrenador tosco y castizo, llamado Luis, a secas, pero apodado —*risum tenatis!*, aguantad la risa— “¡el sabio de Hortaleza!”, en aquel año memorable, digo, se editaron en España casi diez mil libros de literatura infantil y juvenil. ¡Diez mil!: ¿no es fantástico? Cuando les doy este dato a mis alumnos teletutorizados, que nunca han visto un libro de papel en su vida, abren unos ojos como platos. En ese tiempo transcurre la última novela de Vicente Muñoz Puelles.

Era el año I de la Fórmula 1 en Valencia. Había un floreciente mercado editorial a costa de niños y adolescentes aunque los escolares eran lectores cautivos y la tarea de leer les resultaba tediosa.

—¡Jo, profe, tío, qué rollo! —renegaban.

Preferían jugar a mandarse fotos por el móvil, oír música en MP3, navegar por internet y darle a las consolas de videojuegos, que son aparatos indicativos de otros grandes cambios tecnológicos que se avecinaban. ¿Por qué se editaban tantos libros, si tenían perdida la batalla con las tecnologías digitalizadas? Ya se sabe que en época de crisis suelen radicarse las ideologías, se atrincheran las creencias y se acopia toda suerte de residuos para resistir el embate avasallador de los cambios. Por eso en 2008 había muchos que se parapetaban con libros antes de sucumbir a las novedades, como los saguntinos que, *omni spe salutis*



La novela futurista de Muñoz Puelles va dejando elegíacas impresiones sobre el fin de los libros y

amissa, perdida toda esperanza de salvación, amontonaron sus enseres y ellos mismos se echaron a la hoguera antes de entregarse a los cartagineses. En fin, ya digo, eran años confusos porque ya o había dicho un tal Ortega y Gasset hacía un siglo que estaba creciendo la cultura de la cabeza y se atrofiaba la cultura *animi*, la cultura del corazón. Mucho progreso científico, admirable desarrollo técnico y veloces cambios cotidianos, pero la cultura sentimental sigue tan mediocre y primitiva como siempre, o desbaratada, o apoderándose del mercado social, como lo prueba el auge de un nacionalismo romántico, tribal y mentiroso. Desde Ortega el mundo cotidiano está patas arriba en artilugios tan fantásticos que tumbado en la cama puedes ver y hablar por *face time* a tu prima Mariló, que está haciendo un máster en Wisconsin. ¿No es milagroso? Pero no sabemos resolver muchos conflictos emocionales, y socialmente, menos: basta ver un telediario o descargar una página de periódico —aún había periódicos de papel— para darse cuenta de que el mundo es bastante horroroso.

Hoy toda la producción cultural es colectiva, como siempre lo ha sido la cultura de la imagen. Pero hace medio siglo el libro era de hechura individual, obra de un artesano solitario. A principios de este siglo XXI la literatura ya había perdido relevancia social y ningún escritor se planteaba su trabajo como un destino o tarea comprometida con un mundo tan espectacular como injusto. Los escritores hacían productos para satisfacer la demanda, y salvo unos pocos que se forraban, a los más no les daba para comer, sino para merendar. Algún escritor, sin embargo, tan anticuado sin duda como aquellos mazos de papel encuadernados, escribía por oficio y por afición, pues igual que los últimos profesores del *ancien système*, tenía al libro por objeto mágico, una especie de linterna de Aladino o marcapasos, imprescindible para mantener vivo el corazón.

Uno de estos escritores es el valenciano Vicente Muñoz Puelles, autor de un librito visionario que tituló *2083* por resonancias, quizás, con el *1984* de George Orwell. En él narra con ingenio la peripecia de un chico de dieciséis años, tan raro y solitario que le dio por frecuentar Bibliotravel y “leer”, como se lee hoy, algunos libros conservados en la Docunacional. El autor se retrotrae temerariamente nada menos que 75 años



para urdir su historia. Alude a los efectos desastrosos del cambio climático, ya imparable en 2008, atisba la frialdad sentimental de la sociedad, gente sana y correcta, pero sin pasiones, sin risas, sin inquietudes, un poco como en aquellas películas de ciencia ficción cuyos personajes tenían un *router* por alma.

El relato de Muñoz Puelles es adrede de una encantadora ingenuidad al narrar de pasada detalles cotidianos de hoy: los melocotones termoestabilizados, la *narcocola*, los perros robot, los trenes magnéticos que cruzan la ciudad... Atina más al describir el ritual de lectura: la posición en el sillón viajero, los sensores en la cabeza, el amplificador de inteligencia y las zozobras del

huérfano David antes de empezar el viaje. Porque leer en 2083 no tiene que ver con el rudimentario acto de descifrar letras, pasar páginas de papel... Leer es viajar físicamente al interior del libro, hasta el punto de que el lector puede participar en la historia, vivirla intensamente, modificarla incluso, y suplantar a Ulises, a Sancho Panza o a David Copperfield para revivir sus aventuras. Pero es una actividad infrecuente porque en 2083 hay que estar un poco loco o ser rarito para leer aquellos libros antiguos de papel y meterse de hoz y coz en su berenjenal afectivo. Un ejercicio tan voluntarioso y anacrónico tiene sus consecuencias. Que la lectura enloquece y produce efectos de metempsícosis lo sabemos por lo que le pasó al hidalgo Quesada o Quijana, Alonso Quijano, o como se llamase. David, el protagonista de la novela de Muñoz Puelles, cumple con sus estudios en la teleclase y su padre trabaja en una agencia de viajes que garantiza la visita al interior de los libros, que han desaparecido como objetos de papel, pero se conservan en la web. Y por efecto de la lectura de libros al estilo de 2008 sufre una metamorfosis como el personaje de Kafka o el tipo de Cortázar que acaba con mente de ajolote. Acaba pareciéndonos un adolescente de 2008, de aquella época turbia en que en el fondo toda la gente necesitaba ser querida.

Vicente Muñoz Puelles, que ya había escrito otros libros juveniles con notable aprecio, escribió esta novelita para quinceañeros, que, seguro, disfrutarán mucho con su lectura, porque se proyectaba desde el futuro al año actual y al pasado libresco de la Biblia, Homero, Cervantes, Turgueniev... De paso va dejando elegíacas impresiones sobre el fin de los libros y los placeres perdidos: el libro es como un sueño, donde todo puede ocurrir y donde el lector adquiere doble conciencia, la del personaje y la suya propia... En fin, si yo, ahora, en 2083, fuera uno de aquellos profesores de hace tres cuartos de siglo, de 2007, cuando ganó Eurovisión una exquisita melodía titulada *Chiquilicuatre* —¡hay que joderse!—, recomendaría con entusiasmo este libro de escritura hermosa y gozosa al oído.